H. P. Lovecraft

HIPNOS

Acerca del sueño, esa siniestra aventura de todas nuestras noches, podemos decir que los hombres se acuestan a diario con una audacia que resultaría incomprensible si no supiéramos que se debe a la ignorancia del peligro.
BAUDEIAIRE

Quieran los dioses misericordiosos, si es que existe alguno, guardar esas horas durante las que ni la fuerza de voluntad ni las drogas fruto del ingenio humano pueden mantenerme a salvo de los abismos del sueño. La muerte es piadosa, pues carece de retorno; pero aquel que regresa de las más profundas estancias de la noche, ojeroso y sabio, nunca más disfruta de plácido descanso. Loco tenía que estar para sumirme con aquella avidez desatada en los misterios que hombre alguno ha osado penetrar; él era un dios o un loco... mi único amigo, aquel que me condujo y me precedió, y que al final sufrió terrores que pueden acabar convirtiéndose en los míos.

Recuerdo que nos conocimos en una estación de tren, donde él era el centro de un círculo de vulgares mirones. Estaba inconsciente, atacado por una especie de convulsión que afligía a su magro cuerpo vestido de negro con una extraña rigidez. Supongo que tendría unos cuarenta años entonces, ya que había hondas arrugas en su rostro, chupado y consumido, y no obstante oval y atractivo; asimismo, había toques de gris en el cabello espeso y ondulado, y en la barba corta y cerrada que una vez tuviera el color del ala de cuervo. Su frente era blanca como mármol del Pentélico, de una altura y amplitud casi divinas. Me dije para mí, con pasión de escultor, que este hombre era la efigie de un fauno de la antigua Grecia sacada de las ruinas de algún templo e insuflada de vida en nuestra época para hacerla sentir el frío y el castigo de los años implacables. Y cuando abrió aquellos ojos negros, inmensos, hundidos y extrañamente luminosos, supe que sería mi único amigo —el único amigo de alguien que jamás tuvo ninguno—; ya que comprendí que tales ojos debían haber mirado abiertamente la grandeza y el terror de regiones apartadas de cualquier conocimiento y realidad vulgares; regiones que yo había amado en mi fantasía, aunque las había buscado en vano. Así que hice a un lado al gentío y le invité a venir a casa, a ser mi mentor y guía en los misterios insondados; y él aceptó sin mediar palabra. Luego descubriría que su voz era música... la música de profundas violas y esferas cristalinas. Solíamos hablar de noche, y también de día, mientras yo cincelaba bustos a su imagen y tallaba diminutas cabezas de marfil para inmortalizar sus diversas expresiones.

Resulta imposible relatar nuestros estudios, ya que guardan muy poca conexión con el mundo de los hombres. Eran tocantes a ese universo más amplio y espantoso de difusa existencia y conciencia que subyace a la materia, el tiempo y el espacio, y cuya existencia tan sólo atisbamos en ciertos sueños... esos sueños extraños que están más allá de los sueños, que nunca acuden a los hombres vulgares y sólo lo hacen una o dos veces en toda la vida de un hombre sensible. El cosmos que conocemos conscientemente, nacido de ese universo como una burbuja surge de la pipa de un guasón, lo roza tan sólo como la burbuja puede volver a su descuidada fuente, cuando es sorbida por el capricho del guasón. Los eruditos sospechan un poco todo esto, aunque ignoran la mayor parte. Los sabios han interpretado los sueños y los

dioses se han reído. Un hombre de ojos orientales dijo que el tiempo y el espacio resultan relativos, y la gente se burló. Pero incluso este hombre de ojos orientales no ha hecho sino suponer. Yo deseaba y traté de tener algo más que suposiciones; y mi amigo lo intentó y lo logró en parte. Así que lo intentamos juntos y, mediante drogas exóticas, buscamos sueños terribles y prohibidos en el estudio de la torre, en la vieja casa solariega del antiguo Kent.

Entre las agonías de aquellos días se encuentra la cúspide de los tormentos... la incapacidad de transmitirlo. jamás podré explicar lo visto y aprendido durante aquellas horas de impías exploraciones... dado que carecemos de símbolos o similares en cualquier lenguaje. Digo esto porque, de principio a fin, nuestros descubrimientos se movían tan sólo en la órbita de las sensaciones; sensaciones que carecen de correlación con cualquier impresión que el sistema nervioso de la humanidad normal pueda ser capaz de recibir. Eran sensaciones, aunque en ellas había increíbles elementos de tiempo y espacio... cosas que, en el fondo, carecen de existencia distinta y definida. Las palabras humanas que mejor pueden reflejar el carácter general de nuestras experiencias son las de zambullidas o remontes; ya que en cada periodo de revelación, una parte de nuestras mentes se lanzaba audazmente lejos de todo cuanto es real y presente, abalanzándose etérea a lo largo de estremecedores y oscurecidos abismos en los que acechaba el miedo; atravesando en ocasiones algunos obstáculos típicos y definidos, descriptibles sólo como nubes de vapores rudos y viscosos. Cuándo estábamos juntos, mi amigo iba siempre muy por delante; yo podía notar su presencia a pesar de la ausencia de forma, gracias a una especie de memoria pictórica mediante la que se me presentaba su rostro, dorado por una extraña luz y espantoso en su insólita belleza, sus mejillas anormalmente juveniles, sus ojos ardientes, su frente olímpica y sus sombrías cabellera y barba.

No conocíamos el paso del tiempo, ya que éste se había convertido para nosotros en la más simple de las ilusiones. Sólo sabíamos que en todo esto debía estar mezclado algo muy singular, ya que al final nos maravillábamos de no envejecer. Nuestro discurso era malsano y siempre espantosamente ambicioso... ni dios ni demonio podía haber aspirado a descubrir y conquistar lo que nosotros planeábamos entre susurros. Me estremezco al mencionarlo, y no oso entrar en detalles; aunque quiero decir que mi amigo plasmó en papel, en cierta ocasión, un deseo que no se atrevía a pronunciar; algo que me llevó a quemar el papel y contemplar espantado a través de la ventana el constelado cielo nocturno. Quiero insinuar, sólo insinuar, que tenía metas que tocaban al gobierno del universo conocido, y aún más; sueños en los que la tierra y las estrellas girarían a su antojo, y los destinos de todos los seres vivos se encontrarían en sus manos. Afirmo, juro, que yo no tenía parte en esas desorbitadas aspiraciones, ya que no soy lo bastante fuerte como para afrontar esa inmencionable guerrilla en esferas inmencionables que es la única forma de alcanzar un deseo tal.

Hubo de suceder la noche en que los vientos de desconocidos espacios nos hicieron girar irresistiblemente en ilimitados vacíos más allá de todo pensamiento y entidad. Percepciones de una clase enloquecedoramente imposible de trasmitir al vulgo; percepciones de infinito que al mismo tiempo nos convulsionaba de placer, aun cuando he olvidado una parte, y la otra me siento incapaz de describirla. Hendíamos viscosos obstáculos en rápida sucesión, y al fin sentí que habíamos sido llevados a zonas más remotas de lo que nadie nunca hubiera previamente conocido. Mi amigo iba infinitamente por delante al zambullirnos en ese espantable océano de éter virgen, y pude contemplar la siniestra alegría en su rostro-memoria flotante, luminoso, demasiado joven. Bruscamente, ese rostro se tornó borroso y desapareció con rapidez, y en breve me encontré proyectado contra un obstáculo que no pude atravesar. Era como los otros, aunque incalculablemente más denso; una masa húmeda y pegajosa, si tales términos pueden aplicarse a análogas cualidades de una esfera no material.

Sentía que había sido detenido por una barrera que mi amigo y guía había logrado traspasar. Debatiéndome de nuevo, finalicé mi sueño de drogas y abrí mis ojos físicos en la torre estudio, en cuyo rincón opuesto se reclinaba la figura de mi compañero de sueños, pálida y aún inconsciente; extrañamente ojeroso y curiosamente bello mientras la luna derramaba luces verde y oro sobre sus facciones marmóreas. Entonces, tras un corto intervalo, la silueta del rincón se agitó y quiera el cielo misericordioso evitar a mis sentidos otra escena como la que presencié entonces. No puedo relatar cómo aullaba, o qué imágenes de infiernos prohibidos relumbraron por un segundo en esos ojos negros enloquecidos por el miedo. Sólo puedo decir que me desvanecí y no recobré el sentido hasta que él mismo se recuperó y me sacudió llevado de un ansia frenética de tener a alguien junto al que mantener a raya el terror y la desolación.

Ése fue el final de nuestras voluntarias incursiones en las cavernas del sueño. Atemorizado, estremecido y deslumbrado, mi amigo, que había estado tras la barrera, me previno contra volver a aventurarme en esa región. No osó hablarme de lo visto, pero dijo que, a su juicio, debíamos dormir lo menos posible, recurriendo si era necesario a las drogas para mantenernos despiertos. Que tenía razón, pronto lo comprobé gracias al miedo indecible que me acometía cada vez que desfallecía mi conciencia. Tras cada corto e inevitable periodo de sueño me sentía más viejo, mientras mi amigo envejecía con una rapidez casi anonadante. Resultaba espantoso el ver formarse las arrugas y encanecer los cabellos casi mientras uno miraba. Nuestra forma de vida se alteró completamente. De, hasta donde yo sabía, ermitaño —ni su verdadero nombre ni origen habían nunca escapado de sus labios—, mi amigo pasó a ser alguien con un terror casi patológico a la soledad. No podía permanecer solo de noche, ni se apaciguaba con la compañía de unos pocos. Tan sólo obtenía remedio asistiendo a las concurrencias más abigarradas y tumultuosas; así que pocas reuniones de juventud y jarana nos eran ajenas. Nuestro aspecto y edad parecía desatar la mayor parte de las veces un ridículo que me zahería en lo más hondo; pero mi amigo lo veía como un mal menor frente a la soledad. Especialmente tenía miedo de encontrarse a solas fuera de casa cuando brillaban las estrellas, y si se veía forzado a ello a menudo observaba furtivamente el cielo, como si lo persiguiera algún ser monstruoso de lo alto. No siempre miraba al mismo punto del cielo... parecía hacerlo a distintos lugares en ocasiones diferentes. Las noches de primavera a un punto bajo, al noreste. En verano cerca del cenit. En otoño al noroeste. En invierno al este, sobre todo hacia la madrugada. Las noches de mediados de invierno parecían espantarle menos. Sólo al cabo de dos años conecté ese temor con algo en especial; por entonces me di cuenta de que debía buscar un punto en especial de la bóveda celeste, cuya posición en las diferentes estaciones se correspondía con la dirección de su mirada... un punto, a grandes rasgos, marcado por la constelación Corona Borealis.

Ahora teníamos un estudio en Londres, sin separarnos nunca, pero sin comentar jamás los días en que habíamos tratado de sondear los misterios del mundo irreal. Estábamos envejecidos y cansados por culpa de drogas, disipación y tensión nerviosa; y el cabello y barba raleantes de mi amigo ya eran blancos como la nieve. Nuestra capacidad para pasar sin largos sueños resultaba sorprendente, ya que raramente sucumbíamos más de una o dos horas a esa sombra que ahora nos resultaba una amenaza tan espantosa. Entonces llegó aquel enero de niebla y lluvia, cuando escaseaba el dinero y nos era difícil comprar drogas. Ya habíamos vendido todas mis estatuas y cabezas de marfil, y carecía de medios para obtener más material, o, de haberlos tenido, energías para modelarlas. Sufríamos terriblemente, y una noche mi amigo cayó en un profundo sueño del que no logré despertarlo. Aun ahora puedo recordar la escena... el desolado y tenebroso estudio de la buhardilla, bajo el alero golpeado por la lluvia; el tictac de nuestro solitario reloj de pared, el imaginario latir de nuestros relojes de pulsera descansando sobre el tocador; unos pocos ruidos de ciudad lejanos, amortiguados por la niebla y la distancia; y, lo peor de todo, el profundo, rítmico, siniestro respirar de mi

amigo sobre el diván... una acompasada respiración que parecía medir momentos de miedo y agonía insuperables para ese espíritu que vagaba por esferas prohibidas, inconcebible y espantosamente remotas.

La tensión de mi vigilia se tornó opresiva, y una extraña avalancha de impresiones triviales y asociaciones se agolpaban sobre mi mente casi trastornada. Oí dar una hora a un reloj -no al nuestro, que no era un carillón- y mi morbosa fantasía encontró en esto un nuevo punto de partida para enfermizas digresiones. Relojes-tiempo-espacio-infinito, y luego mi imaginación regresaba a lo inmediato al pensar que en esos momentos, más allá del tejado y la niebla y la lluvia y la atmósfera, la Corona Borealis se estaba alzando sobre el noreste. Corona Borealis, a la que tanto parecía temer mi amigo, y cuya titilante semicircunferencia de estrellas debía brillar ahora invisible a través de inconmensurables abismos de éter. A la vez, mi oído febrilmente sensible creyó detectar un componente nuevo y completamente distinto en aquella blanda mescolanza de sonidos magnificados por las drogas... un gemido bajo y condenablemente insistente que llegaba de muy lejos: zumbando, clamando, burlándose, llamando, llamando desde el *noreste.*

Pero no fue ese gemido distante el que me privó de mis facultades e impuso sobre mi alma un sello de espanto que en mi vida lograré sacudir; no fue eso lo que desencadenó los alaridos y las convulsiones que llevaron a los vecinos y la policía a derribar la puerta. No fue lo oído, sino lo visto, ya que en esa habitación oscura, cerrada, tapada y velada por cortinas, en la esquina noreste, surgió un haz de horrible luz dorado rojiza... un haz que no provocó resplandor alguno en la oscuridad, pero que cayó sobre la reclinada cabeza del agitado durmiente, sacando de su interior, en odiosa réplica, el luminoso y extrañamente juvenil rostro-memoria que conociera en sueños de espacio abismal y tiempo desencadenado, cuando mi amigo quebró la barrera de aquellas secretas, hondas y prohibidas cavernas de pesadilla.

Y mientras miraba, vi alzarse la cabeza, con los ojos negros, líquidos y profundamente hundidos, desorbitados por el terror, y los labios delgados y sombríos se abrieron para proferir un grito demasiado espantoso como para intentar describirlo. En aquel rostro fantasmal y rígido que brillaba sin cuerpo, luminoso y rejuvenecido en la negrura, había más terror implacable, desbordado y enloquecedor del que todo el resto de cielo y tierra me hayan mostrado jamás. No hubo palabras entre el lejano sonido que se acercaba más y mas; pero mientras seguía la loca mirada del rostro-memoria, retrocediendo por el maldito haz de luz hacia la fuente, esa fuente de la que también procedía el gemido, vi demasiado en esa ojeada, y me desplomé con los oídos zumbando en un ataque de alaridos y epilepsia que atrajo a los porteros y a la policía. Nunca he podido explicar, por más que lo he intentado, qué fue exactamente lo que vi; ni lo hizo aquel rostro inmóvil, ya que, aunque presenció más que yo, nunca volverá a hablar. Pero siempre estaré en guardia contra el burlón y hambriento Hipnos, y contra las locas ambiciones del conocimiento y la filosofía.

Nadie sabe con certeza qué sucedió, ya que no sólo mi entendimiento quedó dañado por aquel suceso extraño y espantoso, sino que otros también fueron tocados por un olvido que no puede calificarse sino de locura. Dicen, no sé por qué, que nunca tuve amigo alguno; que ese arte, filosofía y locura habían colmado siempre mi trágica vida. Los vecinos y la policía me aquietaron aquella noche, y el médico me dio algo para calmarme, sin percatarse ninguno del suceso de pesadilla acaecido. Mi yerto amigo no los movió a compasión, pero lo que encontraron en el diván del estudio les hizo alabarme de una forma que me puso enfermo; y ahora gozo de una fama que rechazo con desesperación mientras me siento durante horas —calvo, con la barba gris, impedido, trastornado por las drogas y quebrantado— a adorar y rezar al objeto que encontraron.

Ya que niegan que llegara a vender la última de mis estatuas, y señalan extasiados lo que el brillante haz de luz dejó helado, petrificado y mudo. Es cuanto queda de mi amigo; el amigo que me condujo a la locura y la destrucción; una cabeza divina en un mármol tal que

sólo la vieja Hélade podría haber producido; joven, con esa juventud que resulta intemporal, y con un rostro bello y barbado, labios curvados v sonrientes, frente olímpica y espesa cabellera ondulada, coronada de amapolas. Dicen que ese recordatorio fantasmal está esculpido a mi semejanza, tal como era yo mismo a los veinticinco, pero en la base de mármol está tallado, en caracteres áticos, un solo nombre: HIPNOS.